



*Acrílico No. 3*

62" X 68"

1995

Colección: Dyane Hall  
Phoenix, Arizona, USA

# H I S T O R I A

- Leer el patrimonio, escoger la filiación. El caso de Polonia en la Europa del centro o del este.
- Entre el rechazo y la admiración. La España de Carlos V y de Felipe II, vista por los polacos.



# LEER EL PATRIMONIO, ESCOGER LA FILIACIÓN EL CASO DE POLONIA EN LA EUROPA DEL CENTRO O DEL ESTE

Jan Kieniewicz (OBTA, UW)\*

Resumen: Para escoger su filiación civilizacional, el individuo necesita sentir y expresar conscientemente su identidad, que es la identidad nacional en Europa de los siglos XX y XXI. Esta observación vale para Europa; de allí que sea tan importante una declaración frente a la oposición histórica entre el Oeste y el Este. Leer el patrimonio es la forma de construir nuestra identidad a partir de lo que nos ofrece la memoria. Escoger filiación es la decisión de participar en la civilización europea, concebida como un sistema de valores.

Palabras Clave: patrimonio e identidad nacional, cultura-civilización, Europa del Centro y del Este, confrontación Este-Oeste.

Abstract: To choose citizenship, individual consciously needs to feel and express his identity which is same one of Europe in XX and XXI centuries. Therefore, the importance of a statement regarding historical opposition between West and East. Counting on memory, reading of our patrimony is a positive way of building national identity. Selecting our citizenship is a choice to participate in European civilization, conceived as a value system.

Key words: patrimony, national identity, culture and civilization, Middle and East Europe, confrontation East-West.

Résumé: Pour choisir sa filiation culturelle, l'individu a besoin de sentir et d'exprimer consciemment son identité, c'est-à-dire l'identité nationale en Europe des XX<sup>e</sup> et XXI<sup>e</sup> siècles. Cette observation, valable pour l'Europe, est fondamentale eu égard à l'opposition historique existant entre l'Ouest et l'Est. Lire le patrimoine permet de construire notre identité à partir de ce que nous offre la mémoire. Choisir une filiation c'est décider de prendre part à la civilisation européenne, conçue comme un système de valeurs.

Mots Clef: patrimoine et identité nationale, culture- civilisation, l'Europe du centrale et de l'Est, confrontation

\* Historiador, con estudios en la Universidad de Varsovia. Doctor en 1966, habilitación en 1974, profesor en 1983. Embajador de Polonia en España, 1990-1994. Libros recientes: Historia de Polonia, FCE, México 2001; Hiszpania w zwierciadle polskim, Gdańsk, 2001; Spotkania Wschodu, Gdańsk, 1999.

El poeta polaco Jerzy Liebert escribió hace tiempo, refiriéndose a su país, que “aquí no es ni Oeste ni Este, como si estuvieras en la puerta”<sup>1</sup>. En aquel entonces, antes del diluvio, antes de que en Teherán (1943) y Yalta (1945) se acordaron sentencias sobre Polonia, había la impresión de estar entre dos realidades. Una realidad soñada del Occidente europeo y una prefiguración del infierno del Este comunista. Una orgullosa ilusión de algo como pertenencia y de algo como destino. Al mismo tiempo fue la expresión del complejo de no ser de verdad ni de aquí ni de allá. De todos modos, en el 1945 nos dieron un portazo, mientras que los de aquel tiempo y las generaciones siguientes nos hemos encontrado entre el Oder y el Bug en una situación completamente nueva. Nos hicieron parte del bloque oriental, es decir, del bloque soviético. En nuestro espíritu seguíamos siendo parte integral de Occidente. En aquel momento, los polacos sentían mucho que este Occidente soñado no quisiera escuchar demasiado de ellos. Ahora se dice que hemos llegado al umbral de la Europa unida y falta poco para estar al otro lado. Como si en 1989 las puertas se hubieran entreabierto.

Sin embargo, después de la década de transición las cosas en Polonia no han cambiado tanto. Aún podemos tener la impresión de que aquí no estamos ni en el Oeste ni en el Este. La diferencia es que lo que se llamaba Oeste dejó de ser una fortaleza cerrada. El este, mientras tanto, quizás se haya alejado o aproximado. De todos modos, después de la descomposición de la Unión Soviética en 1991 y después del acceso de Polonia a la OTAN (1999), el Este dejó de dominar en la política y la economía polacas. Otra cosa es la conciencia de los polacos. En estas circunstancias, es comprensible el interés en nuestro patrimonio y su definición a principios de un nuevo siglo. Se habla, entonces, de la pertenencia a Europa, pero se subraya que es la Europa “Central y del Este”<sup>2</sup>. Se recuerda el patrimonio de la

Europa Central, comprendida como la comunidad de culturas unida por la monarquía de los Habsburgo. Además, no cabe olvidar el patrimonio de la Europa del Este, porque es el más difícil cuando hay que constatar su existencia o inexistencia<sup>3</sup>.

La convicción de que seguimos en una situación de “entre”, pero con posibilidad de elección y no en la incertidumbre de nuestra posición, supone un elemento nuevo. En los años ochenta, el tema de la Europa Central fue introducido por un grupo de intelectuales que de este modo querían llamar la atención sobre el drama de esta parte de Europa<sup>4</sup>. Parecía entonces que el mundo iba a olvidarse de esta “Europa más joven”, condenándola definitivamente a ser absorbida por el “agujero negro” soviético. Por lo tanto, la discusión de entonces fue sobre todo un modo de definir nuestra pertenencia a la civilización. A mi parecer, fue un intento irracional porque intentaba devolver la vida a un patrimonio que en aquel momento carecía de posibilidad de hacerse realidad. Después Gyorgy Konrad escribió que “Europa Central existe como posibilidad, como estado intermedio: ni Este, ni Oeste: lo uno y lo otro a la vez”<sup>5</sup>. De modo parecido, Europa Central fue evocada en Polonia. Se podía decir que buscábamos esta posibilidad de auto definirnos frente a lo que amenazaba la existencia nacional.

A pesar de un importante cambio de circunstancias, hoy el problema es el de siempre: la nación tiene que expresar su identidad para decidir sobre su filiación con la civilización. A principios del siglo XXI, las circunstancias en las que se hace esta elección son nuevas. Entre ellas cuento sobre todo la libertad, de la que carecían las generaciones pasadas. Se dice ahora que no es ningún consuelo para la gente sin trabajo, pero debemos recordar que esto

1 R. Wapiński, “Polska jako pomost”, *Przegląd Polityczny*, no. 36, Gdańsk, 1998, p. 38-44. Véase J. Woźniakowski, “Ani tu Zachód, ani Wschód...?”, *Europa i co z tego wynika. Rozmowy w Castel Gandolfo*, Warszawa, 1990, p. 175-184.

2 N. Lobkowicz, *Europa Środkowa i Wschodnia – miejsce spotkań Wschodu i Zachodu w: Narody i Historia*, Kraków, 2000, p. 136-141.

3 J. Kieniewicz, “¿Quién necesita una Europa Oriental?”, *Nueva Revista*, No. 78, Madrid, nov.-dic. 2001, pp. 67-90.

4 Milan Kundera, Gyorgy Konrad, Vaclav Havel, Timothy Garton Ash, François Bondy, Zbigniew Brzeziński, Peter F. Sugar, Aleksander Smolar, Barbara Toruńczyk y Rafał Grupiński, entre otros.

5 “Stary most”, *Gazeta Wyborcza*, 15-16, I, 1994.

les proporciona esperanza. Me doy cuenta de que las expectativas son muy variadas, mientras que el lugar de la esperanza lo llenan fácilmente atractivas y vanas promesas. De todos modos, estando en la puerta de la Unión Europea, debemos preguntarnos no sólo adónde vamos sino también qué es lo que llevamos con nosotros al entrar en el nuevo espacio de civilización, y si tenemos la intención de cerrar la puerta detrás de nosotros.

Estamos ante una situación nueva también porque la identidad nacional no tiene por qué definirse según la oposición de Este y Oeste. ¿Acaso no es esto una abstracción para la gente que vive en un mínimo social? Mi respuesta es una pregunta: ¿acaso estas dificultades pueden hacernos olvidar cualquier tipo de reflexión sobre cuestiones que vayan más allá de la lucha cotidiana por sobrevivir? Diré aún más, lo más difícil en la transición política y la transformación económica es la ruptura con la inercia que caracteriza a los súbditos. La sumisión, la aceptación profunda de la sumisión, también en lo espiritual, han sido rasgos típicos no sólo del colonialismo sino también del soviétismo. Siempre he pensado que la dominación soviética en Polonia se parecía mucho a un dominio colonial. Por eso es mejor tener en cuenta la presencia viva de los complejos nacionales polacos que no se han desvanecido en el momento de reconquista de la soberanía después del 1989. Su duración, si no cuesta, por lo menos si irrita. Sus bases siguen siendo dolorosamente evidentes. Empecemos por el hecho de que, después de cuarenta años de socialismo real y diez de transformación, la renta per cápita en Polonia representa solamente un 40% de la media de los países de la Unión Europea. Los complejos pueden bloquear la iniciativa. Desde que la situación geopolítica sea un reto, favorece una nueva autodeterminación<sup>6</sup>.

En términos generales hay que comprender que cada realidad histórica, cada cultura definida territorialmente, crea una cantidad de información propia que puede ser tratada como patrimonio, como un legado entregado o solamente dejado a las generaciones siguientes. Cada generación añade su interpretación y así aumenta el patrimonio. De este modo,

tenemos en Europa varios patrimonios históricos que podemos llamar propios de determinadas culturas. Al mismo tiempo podemos pensar en el patrimonio como un conjunto de información heredado de las generaciones anteriores y sin duda complementado por otras fuentes. Éste sería mi patrimonio, es decir, todo lo que del tesoro de las generaciones puedo y quiero aceptar como lo mío. Quizás, este patrimonio se pueda llamar nacional. Mientras la cultura es un conjunto presente al que podemos añadirle cosas pero no cambiarlo, el patrimonio nacional es una elección. En esta parte de Europa estamos convencidos de que ambos patrimonios son los nuestros. Sabemos también que, apasionadamente, queremos verlos como exclusivamente nuestros.

Los patrimonios culturales son accesibles a todos pero requieren algún tipo de operación de absorción. Se la puede denominar el proceso de conocer. Es difícil crear sin conocimiento del material disponible. La construcción "sobre la raíz viva" parece una utopía peligrosa. Los patrimonios nacionales parecen ser ingénitos, como si su absorción no requiriera esfuerzo. En realidad, éste es el momento de darse cuenta y de hacer una elección consciente. A veces es difícil separar las dos cosas, pero los márgenes de estos dos conceptos no siempre son iguales. El patrimonio que aquí llamamos histórico puede fácilmente abandonarse u olvidarse y queda entonces aniquilado. Mientras tanto, en el patrimonio nacional aparecen procesos de eliminación, pérdida u olvido relacionados con el paso del tiempo y las circunstancias que cambian, pero el mensaje dura en tanto sobrevivan las estructuras sociales. Contrariamente a los pareceres corrientes, las naciones que defienden su identidad son capaces de cambiar sus estructuras. Esto es posible gracias al esfuerzo que supone la necesidad de definirse dentro del patrimonio histórico. Esta diferenciación facilita la comprensión del campo de manipulación que se abre para todos los interesados en el poder. Me parece, entonces, que es preciso empezar con un análisis de este patrimonio que hoy ofrece Europa Central. Después cabe situar este proceso en relación con otros patrimonios. Finalmente hay que reflexionar sobre el proceso de transformación de estos valores y experiencias en una forma totalmente nueva de patrimonio nacional.

6 Véase J. Kieniewicz, "Cambios en Polonia: transición y transformación", Cuadernos de Historia Contemporánea, no. 15, Madrid, 1993, pp. 129-155.

Volvamos a las circunstancias. La recuperación de la libertad y la soberanía del Estado después del 1989 no llevó a cambios directos en otros campos. Todavía nos enfrentamos con la pregunta sobre el estado de los lazos nacionales. A lo mejor hay que aceptar el hecho de que los lazos nacionales cambian constantemente en la civilización europea. Es decir que, después de un periodo de ganar fuerza, se hacen débiles. Tampoco se puede excluir que los lazos nacionales, tan importantes en el periodo formativo y frente a las numerosas amenazas presentes en el siglo XIX, no tienen que revestir hoy formas tan rigurosas. En Polonia, que vivió el siglo XIX dividida entre Rusia, Prusia y Austria (en los años 1795-1918), el esfuerzo de recuperación del Estado equivalía a la construcción y a la fortificación de los lazos nacionales. La literatura y el arte se sometieron a estos objetivos<sup>7</sup>. Recobrando un Estado independiente en 1918 se pensaba que los poetas dejarían de sentirse responsables de la nación. El tormentoso siglo XX provocó un desenlace diferente. Durante el periodo siguiente a la Segunda Guerra Mundial, Polonia daba impresión de ser un Estado totalmente uninacional, pero precisamente los lazos nacionales fueron los más amenazados por la acción decompositora del totalitarismo. La sensación de debilitamiento de los lazos nacionales nos acompañaba en tiempos de la lucha contra la opresión de los años ochenta. ¿Puede ser, entonces, que la debilidad de la comunión sea de alguna manera natural para la comunidad nacional y su evidente necesidad salga a la luz solamente en periodos de peligro extraordinario? Al fin y al cabo, la comunión nacional de los polacos salió fortalecida de los duros términos de la guerra y no se ha deshecho durante décadas de experiencias poco favorables. Empezó a deshacerse cuando el sistema del socialismo real parecía estar en decadencia y su agonía pudo arrastrar consigo a la nación. Es que sigo convencido de que este ser artificial vivió en parasitismo dentro del organismo nacional<sup>8</sup>.

Una condición particular de la lectura del patrimonio sería la presente forma de comunidad nacional polaca. Como sabemos, el patrimonio fue

forjado por dramáticos procesos de limpiezas étnicas, destierros y expulsiones, fanatismos ideológicos y falsificaciones científicas después de 1945. ¡Desde luego, no solamente por esto! La Polonia presente no hace más que empezar su orientación en esta situación. No descarto, entonces, que la constatación de la crisis haya sido acertada, aunque despreciara el papel de la génesis de la comunidad, cuya maduración ha sido, además, frenada por falta de libertad de la gente y de soberanía del Estado. En la segunda mitad del siglo XX, las diferencias han sido borradas de manera muy efectiva con la proclamación de la visión de la unidad nacional en el sentido de la unidad étnica. En la II República Polaca (1918-1939) las minorías étnicas representaban aproximadamente un 25% de la población. Como efecto de las dislocaciones de población ordenadas por Stalin, en Polonia, después del 1945, no hubo conflictos nacionales de tierras tales como los que se manifestaron de manera brutal en los años noventa en el proceso de descomposición de Yugoslavia. Por lo tanto, en Polonia no había una motivación tan clara para fortalecer o mantener intensos lazos nacionales. ¿Viene de aquí quizás el papel de la Iglesia natural en Polonia como comunidad que sustituye a la nación? Estos lazos entre las personas, arraigados en la memoria, en la tierra, en los comportamientos heredados, podían ser anacrónicas en su forma, pero también es verdad que para las autoridades de entonces su debilitamiento fue un fenómeno óptimo. Pensaban –así lo percibía yo entonces– que bastaba esperar y la causa nacional quedaría resuelta por sí sola como consecuencia de cambios generacionales. Se formaría una masa social polacohablante cuya modelación según las necesidades habría sido cuestión de usar la técnica adecuada. Este peligro venía directamente de las autoridades que no cesaban en el abuso de la retórica patriótica y de los lemas nacionalistas. La actual apertura hacia Europa no pone fin a los problemas que quedan de aquella práctica pero, contrariamente a lo que pregonan algunos sembradores de pánico, crea posibilidades mucho mejores de reconstrucción de los lazos nacionales.

¿Quizá convenga recordar la situación en Polonia en los años ochenta? Llamaban mi atención entonces el engaño y el temor, muy propios del sistema como factores que debilitaban los lazos entre

7 E. Bojtár, "Eastern or Central Europe", *Cross Currents. A Yearbook of Central European Culture*, no. 7, Ann Arbor, 1988, p. 261.

8 J. Kieniewicz, "Libertad y solidaridad. Experiencia del fin de una situación totalitaria", *Atlántida*, 10, Madrid, abril/junio 1992, pp. 87-95. Véase J. Kieniewicz, *Historia de Polonia*, FCE, México, 2001.



la gente y dificultaban la creación del sentimiento de una comunidad de valores. Ha sido una constatación bastante banal. La sociedad polaca, en la segunda mitad del siglo XX, perdió su entorno, formado a lo largo de la historia. Me refiero a la convivencia durante siglos y en la misma tierra de muchas comunidades étnicas en las que estaba madurando la conciencia nacional. El proceso de crecer como una nación de ciudadanos más la confrontación de diferentes etnias con la cultura polaca dominante fueron la base de la originalidad de la I República de Polonia (*Rzeczpospolita*) en los siglos XV-XVIII. Como ya lo mencioné, este proceso fue deformado por los reparos. Las comunidades étnicas, las diferentes culturas, llegaron a ser conscientes de su particularidad, de sus lazos nacionales, dentro de Estados ajenos. El proceso de nacionalización de las comunidades étnicas se dificultó entonces; sin embargo, para la comunidad nacional polaca la convivencia con las demás comunidades fue un factor que fortaleció los propios lazos. Al otro lado, la conciencia nacional de los ucranianos y los lituanos iba formándose como contraria a lo polaco, así como la conciencia polaca fue en la época medieval una reacción a la identidad claramente diferente de los alemanes. En la II República Polaca también los judíos empezaron a tener conciencia propiamente nacional, no sólo en forma de sionismo. Podemos constatar que un efecto de este proceso fue la creciente tendencia hacia la reclamación del derecho único a la Patria. Estos procesos se desarrollaban un poco en contra de la tradición, en contra del patrimonio histórico de la antigua Polonia. El recuerdo de la comunidad polaca multicultural se mezclaba con la experiencia de particularidad de los intereses de las comunidades étnicas. Este proceso, lleno de circunstancias dramáticas, pertenece al patrimonio de Europa central.

Mi tesis es la siguiente: Las circunstancias dadas después del 1989 abrieron la perspectiva de la libre elección, decisiva para la formación de lazos nacionales. Los factores que influían de manera destructiva en el estado de estos lazos, en la identidad nacional, no desaparecieron por sí solos con la quiebra del sistema. La descomposición de la Unión Soviética y el alejamiento de Rusia de nuestras fronteras no significan la eliminación de la idea imperialista rusa. Más importante aún: no es posible transformar automáticamente la libertad a escala estatal en

libertad del individuo. La devastación que se dio durante medio siglo es más evidente, precisamente, en nuestra habilidad de expresar la libertad. Creo, pues, que la nación es el conjunto de las elecciones que hacen los individuos. Es la voluntad de cada uno de participar en un deber común, en la creación común de la libertad para cada uno de nosotros. Es precisamente, un deber y no una obligación derivada del lugar de nacimiento. Mientras que la pertenencia o, mejor dicho, la filiación a la civilización parece estar determinada por la habilidad del conjunto de situarse en una posición definida y de participar en algo más amplio. Es, al mismo tiempo, la habilidad de la comunidad de definirse y la habilidad de aceptar las reglas que valen a nivel supracomunitario.

En la civilización europea, este conjunto supraétnico y supracultural es la nación. La forma política de este conjunto es el Estado nacional. Así que entramos a la Unión Europea como Estado polaco. Sin embargo, me parece más importante la voluntad de establecer un orden cívico en este Estado. Aquí, pues, lo primero que importa es la pregunta sobre el patrimonio. ¿Elegimos la experiencia de exclusividad de los lazos étnicos o apostamos por la tradición de apertura cultural? Acepto la suposición de que la evidencia de la pertenencia de Polonia a la civilización europea en el siglo XVI o XVII fue resultado precisamente de soluciones originales al problema de la responsabilidad. Aquella antigua Polonia se presenta exactamente como una comunidad de civilización. La filiación a ella no se limitaba a una nación política. En otras palabras el acceso a Polonia significaba la identificación con la civilización europea. Se trata de aquel rasgo del patrimonio de la antigua Polonia que para los ciudadanos presentes significa la continuación de la tradición cultural de las posturas de apertura y diálogo en vez de un ensimismamiento étnico.

Mirando en la perspectiva de hoy, diría que la pertenencia a la civilización europea es independiente de las decisiones soberanas del Estado polaco. Parece que no valoramos bien esta circunstancia. No se puede mantener esta pertenencia sin una clara identidad precisamente nacional. A mi parecer, ello es consecuencia de que el diálogo, como elemento clave de nuestra civilización, requiere una bien definida identidad de las personas a las cuales se puede llegar

a través de los lazos nacionales. Requiere también participación en un sistema común de valores.

El primer paso es la constatación de que los valores imprescindibles para construir los encontramos en nuestro propio patrimonio. Me refiero a la tradición de construir como a la labor de formar la persona y la comunidad. La construcción es el levantar, el formar la propia persona, la familia, la comunidad y los demás elementos que forman la nación. El patrimonio es fruto del trabajo de generaciones y se ha elaborado en el proceso de construcción. La aceptación o el rechazo del patrimonio es el derecho de un individuo libre.

Si aceptamos la cultura como un conjunto de información creada por las generaciones independientemente del grado de la continuidad genética y territorial, el patrimonio constituye la parte que se considera necesaria para la existencia de los lazos y para la definición de la identidad. Según este entender, no todo lo que queda de las generaciones pasadas y, más aún, de los conjuntos históricos (tales como Europa Central o del Oeste) es nuestro patrimonio. Pienso, entonces, que identificando el legado cultural que dejó Europa Central señalamos un campo de reivindicación explicada por algo como un sentimiento filial, un título que se hereda. La presente forma del patrimonio no es más que una reflexión sobre las posibilidades de incorporar la cultura centroeuropea al conjunto potencialmente abierto a nuestras reivindicaciones. El patrimonio, entonces, más que un legado recibido, es una parte elegida y aceptada como propia y necesaria en la obra de autodefinición nacional.

El patrimonio lo tengo en mi propia memoria, y en la común, en forma de información acumulada en este archivo llamado cultura. No digo "cultura nacional" a propósito. Somos herederos en relación con un legado mucho más amplio, aunque no cabe duda de que los tesoros de cualquier civilización se nos hacen accesibles de manera más fácil a través del patrimonio propio. En este sentido, a la hora de construir tengo acceso a la civilización antigua, incluso cuando las condiciones de la educación no me permitan penetrarla en forma original. No obstante, se la puede percibir en cada fragmento del pasado material y espiritual, y gracias a los artistas y los

científicos puedo aumentar constantemente esta ampliación. Gracias a esto me siento heredero del Mediterráneo. Lo mismo diré sobre el patrimonio de la I República de Polonia en cuanto a su tradición de ciudadanía, de tolerancia, de síntesis de las civilizaciones occidental y oriental<sup>9</sup>. En este caso, vemos claramente el gran papel de la habilidad de tomar y la habilidad de descifrar, la gran importancia de una limpieza responsable de la memoria. Hablo del deber de decir la verdad sobre el pasado, lo que significa también decir claramente dónde está la mentira. Así queda enriquecida no sólo la imagen del pasado, presente por ejemplo en las escuelas, sino que también se hace más amplio el acceso a una variedad de experiencias individuales y comunes.

Hablando del patrimonio de la Europa Central, es decir, del patrimonio de la gente que vive "entre", no se puede pasar por alto la cuestión de la Europa del Este<sup>10</sup>. Los polacos tienen pocas ganas de identificarse con este patrimonio. Las antiguas generaciones de polacos no lograron fundamentar su propio proyecto de Europa en la frontera oriental del continente como una propuesta para todos los que quisieran declararse polacos en materia de civilización. El resultado de este fracaso histórico fue la expulsión de Europa hacia el oeste y la formación en el este de las periferias del capitalismo mundial, sometidas a la dominación de Rusia y sistemáticamente separadas del Oeste. Es la realidad impuesta a la conciencia de los europeos por el imperialismo ruso y después aceptada por ellos al modo característico del colonialismo. La evocación de la Europa Central puede dar lugar a sospechas de que aceptamos este fracaso histórico. Considero fatal esta actitud hacia el patrimonio; incluso perjudicial para el interés nacional. Para nosotros y para la Europa del siglo XXI serán importantes las elecciones de filiación a la civilización de las sociedades o naciones de la parte oriental del continente.

No podemos, entonces, evocar el patrimonio de Europa del este aun si una parte considerable de la experiencia de los polacos está relacionada con la realidad del dominio ruso. No aceptábamos

9 Desarrollo este concepto en J. Kieniewicz, *Spotkania Wschodu*, Gdańsk, 1999.

10 J. Rupnik, *Central Europe or Mitteleuropa?*, „Daedalus” no 119/1, 1990, pp.

la superioridad de los rusos, a pesar de la muchas veces confirmada fascinación por la grandeza del imperio. Nos sentíamos sometidos a una autoridad ajena y amenazados desde varios lados, pero no nos considerábamos dominados. Nos resultaba difícil aceptar la igualdad de nuestra condición con la de los chechenos o yacutos. ¡Al fin y al cabo, pertenecíamos a la cultura europea! El gigantesco complejo de asuntos relacionados con el dominio ruso y después soviético causa dificultades a la hora de escoger algo del patrimonio<sup>11</sup>. El carácter colonial de las relaciones depende de la habilidad del hegémoneo de “hablar en nombre de los súbditos”.

Sin embargo, mi objetivo no es enseñar la totalidad o una parte del patrimonio polaco sino preguntar sobre el modo de leerlo. En esto, la habilidad y la voluntad juegan un papel importante. Si falta la habilidad de leerlo, el patrimonio no es más que un potencial cuya evocación es inútil. Pues no es suficiente con que un escritor, periodista, político o autor de programas educativos nos facilite algo, o incluso mucho, de aquel patrimonio. Para la recepción de los valores allí encerrados hace falta una muy amplia o general habilidad de participación en este discurso particular que es el patrimonio cultural. ¿De dónde proviene la voluntad de construir a base de lo pasado?, ¿cómo se llega a querer crear formas nuevas? La experiencia colonial consiste en gran parte en la imposibilidad y la desgana. La falta de las ganas es propia de la natura del súbdito. Es una experiencia que habían notado los poetas y pensadores durante la esclavitud. Fue algo evocado también durante la dominación soviética<sup>12</sup>.

La nueva lectura del patrimonio resulta de los retos actuales. Entre ellos hay que mencionar, sin duda, la perspectiva de la integración europea, la persistencia de la conciencia imperial de Rusia, también lo que hay que llamar el atraso y la dependencia polaca, así como la pregunta sobre las perspectivas

de la creación de Europa en el este del continente. Pueden pasar desapercibidos, no confrontados o rechazados, pero existen independientemente de nuestra conciencia. Tenemos también circunstancias generalmente notadas que requieren tomar decisiones: la posición frente a la economía de mercado, la búsqueda de un puesto en el mercado de trabajo, la actitud hacia el desamparo y el paro y, finalmente, la elección entre el bien y el mal. Ellas también influyen en el modo de leer.

El proceso de leer está relacionado con las dos formas del patrimonio. Requiere una especie de programa que permita la llegada, la apertura y el entendimiento del mensaje. La habilidad de leer el patrimonio la hemos recibido en familia, la hemos formado en las escuelas, la hemos ganado forjándonos a nosotros mismos. Este programa se traslada a las personas en los procesos de educación, socialización y formación espiritual. Se trata de una retroacción porque los códigos y fórmulas indispensables los recibimos de las generaciones anteriores. En este sentido, la novedad de la presente lectura es resultado de la percepción de las circunstancias y de los retos del tiempo. Es así especialmente en lo que se refiere al reto relacionado con la pregunta sobre nuestra preparación para definirnos en relación con la civilización. Esta definición toma forma de aceptación de la filiación. No se trata aquí de hacer declaraciones verbales sino más bien de los testimonios del estado de cosas que se puede presentar como la habilidad de la comunidad de reproducir por sí sola la estructura de la civilización europea. La filiación es también un deseo y una habilidad de elegir un lugar y un papel dentro de la civilización europea. En definitiva, también de ser aceptados. Nuestro problema siempre se ha basado en que esperábamos aceptación antes de ser capaces de realizar nuestro programa europeo.

El patrimonio, en este sentido, no es algo muerto. Es verdad que no se puede cambiar nada en él, pero en las generaciones siguientes o en situaciones ulteriores, se le puede leer de manera nueva. Vemos, entonces, cómo en las circunstancias presentes otra vez reconsideramos el patrimonio de la tolerancia polaca. Igual importancia parece tener el entendimiento de los procesos de formación de las naciones. En resumen, después del 1918 los conceptos federales

11 Ewa M. Thompson, *Imperial Knowledge, Russian Literature and Colonialism*, Greenwood Press, Westport, Con., London, 2000, indica una dificultad adicional que resulta de la imagen positiva de Rusia profundamente arraigada en Europa y EEUU.

12 En los años ochenta se organizaban en las iglesias de toda Polonia las “semanas de cultura cristiana”, promovidas por los principales artistas e intelectuales, con plena convicción del carácter político y nacionalistas de estas actividades.

de Józef Pilsudski e intentos parecidos de formar una nación multiétnica o multicultural, una nación estatal de ciudadanos de varias nacionalidades, resultaron ser utópicos. En general pensamos que simplemente no pudieron resistir la presión de varios nacionalismos ni el peligro de los totalitarismos. En principio, sin pensarlo, constatamos que, en este tipo de construcción, los polacos habrían continuado siendo una nación étnica mientras que los ucranianos sólo una nacionalidad, los alemanes una minoría nacional y los judíos una minoría religiosa. Esto no pudo funcionar. No siempre aceptamos el hecho de que fueron probablemente los únicos intentos de solucionar el problema surgido de que las naciones en formación hubieran expuesto sus pretensiones de tener Estados propios en el territorio común desde hace siglos. En la realidad de la Polonia de entreguerras no era posible ninguna separación de carácter étnico. En absoluto se tomaba en consideración el problema de los judíos, que prácticamente poblaban todo el territorio de Polonia. El sionismo ha sido un concepto nacionalista que por lo menos una parte de los ambientes nacionalistas polacos consideraba oportuno. Según su modo de ver, la alternativa fue un conflicto entre dos naciones. Las visiones apocalípticas de este conflicto servían perfectamente para dar lugar a sentimientos antijudíos. En 1990 Norman Davies preguntaba “si... la situación en Polonia pasaría a ser un incendio étnico general, así como en otros lugares del mundo”<sup>13</sup>. La conciencia de las circunstancias en las que llegó a producirse la “solución” de este problema –el exterminio nazi de la población judía– es condición necesaria para leer esta parte del patrimonio.

No existen posibilidades de recrear en Polonia, o en Europa del centro, una nación de multiétnica, multicultural y multirreligiosa, incluida la nación polaca, que respeta la igualdad y la legalidad del origen de todos los ciudadanos. Existe, sin embargo, la posibilidad de reconsiderar las conclusiones de la lectura del pasado. Existe la perspectiva de leer este patrimonio. La perspectiva basada en la aceptación de que en la llamada III República Polaca, miembro de la Unión Europea, los ciudadanos polacos serán personas de diferentes identidades y conciencias no sólo a nivel cultural sino precisamente nacional. Es

preciso notar que en el patrimonio europeo encontramos naciones “multiétnicas” o “multilingüísticas”, Estados que armonizan su identificación estatal con su variedad nacional. Para no volver al ejemplo de Suiza tenemos la experiencia de España, de la que se puede aprender mucho, incluso recordando la muy tensa experiencia de la autonomía de sus regiones.

La nueva lectura del patrimonio de Europa Central significa, entonces, llamar la atención sobre una fórmula de Estado que les garantiza a las naciones o a los representantes de las naciones una convivencia con igual derecho de llamar a la misma tierra su Patria. La nueva lectura del patrimonio de la antigua Polonia, a su modo, llama la atención sobre una fórmula de ciudadanía que en las condiciones de hoy ya no tiene límites de clase. El proyecto polaco de Europa en el siglo XVI lo definimos con el lema: “Natione Polonus, gente Rutenus”. Notemos que, tanto entonces como después, un vasco, un catalán, un aragonés o un castellano era español. En la visión un tanto utópica de la Constitución de Cádiz (1812), todos los que vivían bajo la monarquía en ambos hemisferios eran considerados españoles<sup>14</sup>. Doscientos años más tarde, los vascos no quieren ser considerados españoles y el tiempo dirá si quedan dentro de la comunidad estatal. De igual manera se presentarían las relaciones con los lituanos y los ucranianos si la suerte de Polonia hubiera sido más parecida a la de España.

De aquí pasamos a la cuestión de la lectura del patrimonio cultural. Es un territorio de penetración libre, de búsquedas y recepción, condicionados por nuestra habilidad de atravesar los residuos inaccesibles por experiencia directa. Si el patrimonio es una elección y no un trasto, es preciso decir entonces qué puede significar su lectura. Estoy convencido de que a esta tarea no se le puede poner el límite de un grupo profesional. Los historiadores, artistas, escritores, profesores parecen estar llamados a desempeñar las tareas que les facilitan el acceso al patrimonio a los demás. Su ocupación es la lectura, entendida como interpretación. Respetando sus

13 “Polski tygiel”, Tygodnik Powszechny, Nos. 51-52, 1990.

14 Cap. I, art. 1, “Proyecto y texto definitivo de la Constitución de 1812”, preparado por M. L. Alguacil Prieto, Revista de las Cortes Generales, no. 10, 1987, p. 218. Cf. C. Seco Serrano, “Nacionalismo español y nacionalismos periféricos en la edad contemporánea”, España como nación, Barcelona, 2000; J. Álvarez Junco, Mater dolorosa: la idea de España en el siglo XIX, Madrid, 2001.

logros, hay que constatar que han hecho aumentar también la repugnancia del patrimonio. Creo, sin embargo, que la lectura no se limita a los ambientes de los profesionales. Al contrario, la base de este fenómeno es la generalidad de la participación. La habilidad y la voluntad, el sentimiento de la necesidad y el conocimiento de códigos son elementos imprescindibles para todos los que forman alguna comunidad. Su falta lleva a la pérdida de la memoria y después a la de la conciencia. Entonces es cuando la gente se hace muchedumbre: una masa que carece de propiedades.

Nos enfrentamos, pues, con el problema de la memoria. Se ha repetido tantas veces lo obvio: la memoria es necesaria para la existencia de la nación. Pero también se ha maldecido la memoria, sugiriendo la necesidad del olvido. Nuestro patrimonio está lleno de escenas que preferiríamos no recordar. Entre ellas encontramos la experiencia de daños hechos y recibidos, de un odio al, que se le habían buscado excusas más nobles. Polonia no ha conocido una verdadera guerra civil, aunque no faltan en su historia testimonios de conflictos interiores de gran intensidad. Los conflictos que preferimos no recordar fueron, sobre todo, los de los vecinos: las diferencias étnicas, de religión o sociales encubrían un desprecio por el vecino que muy fácilmente pasaba a ser odio. Todo esto no puede olvidarse o mentirse, la búsqueda de la verdad es instrumento básico de la lectura del patrimonio. Al mismo tiempo, esta búsqueda no puede estar condicionada por las manipulaciones dictadas por las circunstancias del momento, tan características de cualquier forma de lo políticamente correcto.

El rechazo de la Europa del Este como modelo imperial, como patrimonio de dominio colonial, no significa la anulación de la evidencia de la localización de Polonia en la frontera oriental de la civilización europea. En este sentido, el patrimonio de la Europa Central, aunque accesible, no es ni exclusivo ni suficiente. Diría incluso que, leyendo de nuevo el patrimonio de Europa Central, abrimos la perspectiva de reconocer este patrimonio que hace tiempo no logró ser fundamento de la Europa del Este polaca, pero que tampoco dejó de ser algo real.

A principios del siglo XXI no existe en Polonia ningún conflicto de tierra patria; los lazos antiguos se han relajado. Lo que queda es el patrimonio de la memoria, la discusión sobre el pasado. Tiene una gran importancia, no sólo para cada uno de los proyectos nacionales. La memoria discutida sigue siendo el problema clave de las nuevas relaciones entre las naciones en Europa Central y del Este. La realidad de esta región no cabe en los viejos tópicos del Oeste y el Este, ni es tampoco una simple continuación de las historias nacionales. Las fronteras se han trazado arbitrariamente; las identidades de las comunidades no están claras. La lectura del patrimonio es sobre todo cuestión de un programa educativo a escala de la región que les daría a las naciones la posibilidad de reconstruir su convivencia. Yo llamaría a este programa "Memoria para el Futuro", porque sólo la confrontación con la memoria abre el camino a la reflexión sobre el papel del patrimonio histórico. La verdad sobre el futuro es capaz de librarnos del temor. Solamente construyendo un programa a escala de la región, Polonia decide sobre su lugar y papel en Europa, es decir, sobre su filiación a la civilización. De este modo adquiere conciencia de sus intereses y tiene la posibilidad de proponer una visión de la UE y su política. Del patrimonio, en fin, tomamos el sentimiento de la responsabilidad.

La necesidad de definir la filiación a la civilización nos fuerza a leer de nuevo el patrimonio. Así nos enfrentamos no sólo con la pregunta de las experiencias útiles de la Europa Central sino también con el problema de Europa del Este. Nuestra elección, en mi opinión, tiene que significar la reconstrucción del espacio de la frontera de las civilizaciones y llevar, en consecuencia, a la autodeterminación del papel que la comunidad de los polacos ha de cumplir en interés de la región ubicada históricamente entre el Mar Báltico y el Mar Negro, llamada, antes de la Segunda Guerra Mundial "Intermarium"<sup>15</sup>. La elección de la filiación a la civilización es elemento de un proyecto común que significa autodefinición nacional. Es, al mismo tiempo, la conciencia de que estamos evocando un sistema de valores que nos pertenece a todos y que estos valores son los que unen. Esta mirada a la cuestión del lugar y del papel en la civilización europea fortalece la convicción de

una acertada lectura del patrimonio de Polonia. El conocimiento de la tradición de nación como una unión para una causa común y la experiencia de la responsabilidad del bien común no son suficientes. La lectura de este patrimonio requiere la voluntad de elegir, que puede presentarse como resultado de la convicción de la necesidad de ganar contra un reto. De esta manera, Polonia deja de ser un corredor entre el Oeste y el Este, el símbolo de un país situado en ninguna parte.■

---

15 Yo escribí sobre esto en "Polonia, confines de Europa", Nueva Revista, Madrid, noviembre 1990; "Del Báltico al mar Negro: 'Intermarium?' en la política europea", Política Exterior, 61, XII, Madrid, enero-febrero 1998; así como en How to Rebuild European Borderlands, y en; H. Elsenhans (ed.), A Balanced European Architecture. Enlargement of the European Union to Central Europe and the Mediterranean, Publisud, Paris, 1999, pp. 100-110.